

El modo de conocer los Ejercicios ignacianos

Luis De Diego, S.J.

¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido
en el conocimiento?

¿Dónde está el conocimiento que hemos
perdido en la información?

(T.S. Eliot)

El problema del conocimiento

Se plantea acertadamente en el interesante documento de
AUSJAL, *Desafío de América Latina y propuesta educativa*:

El proyecto ilustrado gestado en Europa a lo largo de siglos y que hizo una irrupción programática en el s. XVIII, entrañaba una radical afirmación de la emancipación humana. La razón humana afirmada en su ilimitada potencialidad, era elevada a la categoría divina como expresión de la propia divinidad deísta, con una dinámica interna que llevaba a definir el mundo y regir la vida como si Dios no existiera, o al menos, como si su eventual existencia nada tuviera que ver con lo que el hombre hace con su vida y su mundo (AUSJAL *46, 23).

No se trata aquí de minimizar los logros de esta cultura y los éxitos científicos, tecnológicos y humanos de la modernidad. Se pueden señalar numerosas realidades antihumanas del pasado que han sido superadas gracias a este formidable proyecto histórico ilustrado (Ib. *57, 26). (...) Pero la mutilación humana del triunfante racionalismo y economicismo está imponiendo un humanismo cerrado a los otros y al Otro. (...) Por un lado el desarrollo ha ampliado las capacidades del individuo y su ámbito de libertad. Pero al mismo tiempo se trata de una libertad condicionada y sutilmente modelada por las grandes empresas productoras que pretenden llenar el tiempo de ocio, los vacíos interiores y las miserias del individualismo solitario (Ib. *57 y *60, 26).

Si añadimos a este marco la neopobreza de hambrientos y marginados (más de las tres cuartas partes de la humanidad), y para los cuales el modelo de desarrollo mundial impuesto por nuestra cultura no es posible ni deseable, constataremos la necesidad y urgencia de crear una “comunidad universitaria con verdadera hondura humana que permita el diálogo interdisciplinario creativo y el *discernimiento espiritual* sobre culturas y sociedades” (Ib. *61, 26-27).

Estado de la cuestión

Vivimos un tiempo de crisis. La modernidad —ciencia y tecnología— desprestigió la religión. La posmodernidad —pluralidad y equivalencia— la relativizó. Sin embargo, Peter Berger un buen sociólogo estadounidense, protestante liberal, perspicaz y burlón, afirma que, como reacción, el mundo hoy “muestra el mismo fervor religioso de siempre, y quizá más”. (PB, GL, 47; HI, 155 ss.). ¿Un tipo de conocimiento más completo? Habría que ver. La verdad es que nos rodea una proliferación de creencias, misticismos confusos, sectas, ideologías espirituosas donde se mezclan la transcendencia, la parapsicología, el ocultismo, los extraterrestres, el orientalismo, la *new age*, las dietas, el yoga, los milenarismos, los manuales de

autoayuda en una especie de sancocho que se usa como fármaco para eliminar el desaliento o el tedio. Lo que se busca es “una experiencia”, y no es de extrañar que ciertas drogas se hayan considerado ampliadoras de la conciencia y manantiales místicos. Estamos en el otro extremo del racionalismo. Se instrumentaliza la religión. Es decir, se la utiliza para resolver precipitadamente problemas que no son de su competencia. Lástima. Se pone así la carreta delante de los bueyes (JAM, 29).

Pienso que volver a la síntesis de nuestras raíces, desconocidas u olvidadas, nos puede proporcionar un humanismo más completo. En este sentido quiero proponer el “camino ignaciano” como un modo distinto de conocer y tomar decisiones, una sabiduría que todavía se revela eficaz después de cuatro siglos.

I. El camino ignaciano del discernimiento (o cómo tomar decisiones)

Ignacio de Loyola defendiendo un castillo en Pamplona fue herido en una pierna. No pudiendo andar pidió novelas para distraerse. Pero no las había y le dieron dos libros: una Vida de Cristo y otro con Vidas de Santos. El aburrimiento le obligó a leerlos a ratos. Algunas cosas de las que allí leía le llenaban (“se consolaba”). E imaginaba a ratos vivir la vida que Cristo y los santos habían llevado.

Pero no sólo pensaba en lo que leía. Otros ratos se dedicaba a recordar con deleite su vida pasada que, según confesó, no había sido muy formal en asuntos de mujeres y peleas. Se le iban las horas absorto en esas dos películas que, sin darse cuenta, le estaban presentando dos proyectos de vida diferentes:

Esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese

de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o de estas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta que se cansaba y lo dejaba y atendía a otras cosas. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo se deleitaba mucho; pero cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; pero cuando pensaba en las cosas del evangelio y los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, más aún después quedaba contento y alegre (Aut., 7-8).

Para decidir bien hay que “darse un tiempo”...

Ignacio dibuja dos fantasías, dos proyectos hacia los que tiende, intermitentemente, su deseo. Por el momento ninguno de ellos llega a concretarse en una decisión. Va a ser fundamental dejar pasar algo de *tiempo*.

En el momento “presente” ambos proyectos son experimentados como positivos. Pero después de transcurrido un rato experimenta una diferencia notable: el *sentimiento* que le deja uno de los proyectos es negativo. En cambio, el otro proyecto le deja un sabor positivo. Le “consolaba”, le dejaba alegre, nos dice. Y en esta diferencia, sólo perceptible con el paso del tiempo, va a descubrir Ignacio la acción de los diversos “espíritus”, o inclinaciones, que le mueven. Descubre así lo que realmente merece la pena. Lo que viene de Dios. Se da cuenta de que, mientras fantasea, está al margen de la realidad y fuera del tiempo. Importante hallazgo. También nosotros o sabemos: no toda experiencia que parece en el momento positiva, resulta en definitiva provechosa. La constatación de habernos engañado es más frecuente de lo que querríamos. Porque seguimos el esquema estímulo-respuesta. Que parece gratificante. Pero no es seguro.

En adelante, el criterio para Ignacio será identificar la auténtica alegría. Y convertirla después en el norte de sus decisiones. Sentir

esa satisfacción íntima que acompaña a toda elección bien hecha. Asumir que las decisiones tomadas son las que construyen a la persona. Porque escoger es vivir. Decidirse es definirse. Saber a cada momento lo que quiero, y hacerlo, es la esencia de la vida.

... y un horizonte

Para la persona religiosa la búsqueda de la decisión correcta adquiere una dimensión nueva al transformarse, de mano de la fe, en la búsqueda de la voluntad de Dios sobre su vida. El creyente reconoce la providencia del Dios creador y quiere saber cuál es su papel en el plan divino, cuál es la voluntad de Dios para el mundo que ha creado y para la vida que a él le ha dado.

Entramos en un nuevo conocimiento. No se trata de pura introspección, de formación de carácter o de estudios sobre el proceso humano de tomar decisiones; se trata de encontrarme a mí mismo al encontrar a Dios en mi ser, de encontrar su mirada para ver en qué dirección mira. Como escuetamente resumió Jesús toda su vida cuando dijo: “Yo hago siempre lo que a Él (el Padre) le gusta”. Estamos en otra dimensión del conocimiento. En una dimensión más profunda de la realidad.

En ella se coloca Ignacio cuando en el texto que abre sus Ejercicios nos presenta la siguiente hipótesis: “El hombre y la mujer son creados / para...”.

Antes que nada, aclara que el ser humano nace como fruto de un amor primero, el de Dios. Y que “es creado” con un “para”, no está programado como el animal, sino que tiene que buscarse una tarea. Dicho filosóficamente somos seres “vectoriales” (Julián Marías). Esta indeterminación radical inicial es lo que llamamos libertad (real, aunque condicionada), todavía sin proyecto. Cada

persona deberá darle un contenido. Si no lo hace, otros se encargarán de hacerlo por ella.

Los otros y el “otro”

La meta de toda persona en el mundo no es otra, afirma escuetamente Ignacio, que “alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor...”, y a los demás seres humanos, podemos añadir sin violentar el texto. Porque no hay dos encuentros: el contexto de mi relación con los demás es el mismo que el de mi relación con Dios: “El que no ama a su hermano al que ve no puede amar a Dios al que no ve” (1ª Jn, 4,20).

En la palabra “alabar” podemos identificar la dimensión de admiración y gratuidad de toda verdadera amistad. No hay manipulación. Se vive como un regalo.

Necesitamos para ello dos actitudes fundamentales:

La primera es *hacer reverencia*: apunta a un respeto que conduce a escuchar desinteresadamente. Es el distanciamiento preciso que hace posible la libertad. Es un detenerse ante el misterio de otro. Sin este espacio para la libertad no hay amistad ni relación auténtica. Y esto es muy importante, porque el elemento central de los ejercicios ignacianos va a ser precisamente el de tomar decisiones en libertad.

La segunda actitud es el servicio: “... y *servir*”. Otra actitud positiva que nos dispone a la gratuidad. Requiere un salir de mí, precedido de la admiración y el respeto al otro para que no sea un servicio manipulador o impuesto.

La conclusión de texto apunta al futuro: *Para mediante esto salvar su alma*. Como si se nos dijera: sólo puede llegar a la realizarme

como persona saliendo de mí, constituyendo como centro de mi dinamismo a la persona del “otro”. Salvar mi alma es salvar toda mi persona. Es además una salvación que experimentó ya en el presente: me realizo o no, como persona. Y es “mi” salvación: soy yo quien debo encontrar lo que salva mi vida, lo que la llena. ¿Cómo? Respondiendo, en la práctica, a una pregunta: *¿Dónde encuentro la verdadera alegría, lo que me realiza como persona? ¿Cuán es mi manera de servir a Dios, y a su imagen en los demás, desde el respecto?* Cada uno tendrá que buscar y encontrar su camino. El auténtico discernimiento consistirá en ir percibiendo, a través de señales positivas internas —y desde un cierto distanciamiento del momento presente—, cuál es mi manera “de alabar, hacer reverencia, y servir a D.N.S.”, y mediante la cual me experimento salvado^a, realizado^a. No otra cosa es la “voluntad de Dios”. Y hay tantos caminos para encontrarla como personas.

Comenzar por poner orden

El fin de los Ejercicios es, para Ignacio, el *ordenar la vida* y “buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida”. La idea del “orden” es el foco de atención. “Cualquier cosa que yo eligiere debe ser para que me ayude en la dirección del fin para el que soy creado”. Y el problema aquí van a ser las “afecciones desordenadas”, el desorden anidado en el afecto, de donde salen las decisiones. No el fallo, la falta, la debilidad ocasionales. Sino el apego arraigado y permanente, la voluntad torcida, la obstinación consentida. Si la balanza no está en equilibrio las decisiones no pueden ser correctas.

No es que Carl Rogers diga exactamente lo mismo. Porque, entre otra cosas, en el proceso de los Ejercicios son tres, y no dos, los actores que intervienen. Pero existe una semejanza con Ignacio de Loyola sobre el cómo empezar a tomar decisiones y orientar la vida. Ambos piensan que la condición previa es liberarse de todo lo que puede viciar la elección, llámense miedos, fobias, prejuicios, comple-

jos..., para alcanzar la mayor libertad interior humanamente posible. Y un contacto de toda la persona con toda la realidad es la situación ideal para la elección óptima.

Se busca, no sólo la toma de conciencia de desorden o el mero alivio de los síntomas, sino la total curación, el enderezamiento desde la raíz de la persona. Pensamos que es en este supuesto donde la espiritualidad, la gracia, aparecen como un elemento clave, esencial, en muchos procesos personales (E.K., 112, 124). Tomemos la oración con que termina la primera meditación de la Primera Semana de ejercicios: El primer coloquio a Nuestra Señora, para que me alcance *gracia* de su Hijo y Señor., para que *sienta* el desorden de mis operaciones, para que, *aborreciendo*, me enmiende y me ordene”. Para conseguir “orden” en mi vida tengo que empezar por *sentir y palpar* el “desorden” que hay en mí. Primera gracia.

II. Gustar y sentir (o una sabiduría espiritual)

Hay una historia sobre la Gracia, y la diferencia entre el saber y el sentir:

—Le preguntaron cierta vez a Uwi el sufi: “¿Qué es lo que la Gracia te ha dado?”.

—Y les respondió: “Cuando me despierto por las mañanas me siento como un hombre que no está seguro de vivir hasta la noche”.

—Le volvieron a preguntar: “Pero esto ¿no lo saben todos los hombres?”.

—“Sí, lo saben; pero no todos lo sienten”.

Comprender intelectualmente la palabra “vino” no es lo mismo que haberlo gustado y saboreado. Es la diferencia entre saber y “sabor”.

“...internamente”

Un dicho de Ignacio de Loyola define bien esta sabiduría que os proponen los Ejercicios: “No el mucho saber harta y satisface, sino el *sentir y gustar* de las cosas *internamente*”. El sabor. El acento se pone en el “sentir y gustar”, frente a mero “saber” impersonal. Va a ser el modo de conocer ignaciano a lo largo de todos los ejercicios. Un sentir y gustar definido por el adverbio “internamente”. Otra expresión clave en los ejercicios. Podríamos decir que quiere describir una experiencia en la que la persona se pone en juego globalmente, enteramente. Parecido a lo que se experimenta en la relación personal.

¿Y qué es lo que hay que sentir y gustar internamente? La realidad, las personas, la relación el encuentro con Dios. Ignacio se refiere aquí más especialmente al encuentro directo entre Dios y el ser humano. Porque él mismo es testigo directo de que Dios puede y quiere tratar el modo directo e inmediato con su criatura; de que el ser humano puede realmente experimentar cómo tal cosa sucede; de que puede captar el soberano designio de Dios sobre su vida.

Karl Rahner, teólogo jesuita que ayudó a preparar el concilio Vaticano II, nos dirá que “provocar una experiencia de Dios de este tipo es tomar conciencia de ese elemento reprimido en nosotros, pero ineludible, que recibe el nombre de *Gracia*, y en el que Dios mismo se hace presente de modo inmediato”. Es el centro de la espiritualidad cristiana. Una nueva sabiduría que se experimenta como consuelo, no como temor.

El centro es la alegría

Ignacio distingue dos estados de ánimo en la persona y los llama “consolación” (alegría interna), y “desolación” (oscuridad y desánimo). Quedaría sorprendido si la persona que se entrega a los

Ejercicios no llegara a sentir ambos movimientos internos, tanto el de gozo como el desaliento. Es famosa su advertencia: “en tiempo de desolación nunca hacer mudanza”. Consejo evidente y, sin embargo fácil de olvidar. Los estados de alma, altos y bajos, son importantes por la influencia que tienen en las decisiones que tomamos. Un estado de depresión no es el momento de tomar una decisión. La oscuridad no es la situación apropiada para cambiar de rumbo en la selva. Si dudas, detente y espera, pero no cambies de dirección en la niebla. Espera a la mañana, la claridad. Y has entonces los cambios necesarios.

La alegría, en cambio, facilita nuestras decisiones. En la parábola evangélica del tesoro y de la perla, la palabra clave es “alegría”. Por la alegría del hallazgo se deja el resto. Por el bozo puro. La alegría se pone al frente y lo imposible se hace al instante. Algunos pensarán que esa persona se engaña, “proyecta”, que no está en sus cabales. Pero, como escribe alguien que hizo la experiencia:

Siempre dicen lo mismo cuando alguien hace algo que ellos no entienden. Tienen todo mi respeto pero yo sigo mi camino porque yo he visto lo que ellos no han visto, lo que yo mismo no había visto hasta hoy y lo que no hubiera visto jamás si alguien que me ama no me lo hubiera mostrado en su misericordia. En ese campo hay oro. Lo he visto con estos ojos. Hay gozo en la pobreza y alegría en el sacrificio, y dicha en el trabajar por los pobres. Lo he experimentado yo mismo, y eso hace que mi elección sea espontánea y mi satisfacción completa” (CGV, 133).

¿Cómo podríamos explicarlo? Podríamos decir que es una experiencia espiritual de contacto con Dios en lo más íntimo de la libertad humana, y en la que alguien ejercita el placer de ser una persona que decide y elige su camino mejor. ¿Me puedo equivocar? Es posible, pero hay cómo saberlo con un guía experto. Y la oración sigue siendo hoy una posibilidad “cargada de futuro” (CDM, 114).

Otro ejemplo: Supongamos que alguien ha vivido en algún momento de su vida la experiencia y la certeza de que Dios es Bondad, es Misericordia, y le llama a ser y a hacer, desde sus posibilidades, lo mismo. Le llama a obrar el bien, a crear formas de vida dignas, a salvar al mundo del sinsentido. ¿Es esto absurdo? Pero ¿no les ha sucedido que, cuando ven “a personas generosas (es decir, que generan realidad) esforzándose por cuidar a seres sin solución, devolviéndoles o creando su dignidad sobre la marcha, les parece asistir a una revelación, casi a una cosmogonía? Esas personas están afirmando con sus actos la fe en lo imposible. Lo mismo que se comentaban con gritar los jóvenes del Mayo francés” (JAM, 29). Esas personas no se equivocan. Los primeros cristianos lo entendieron bien: el núcleo de su fe era la *ágape*, una palabra que se suele traducir por “amor”. No es una “creencia”, sino un “sentir y gustar internamente”, un “practicar” y participar en la acción creadora de Dios. Elegir es amar.

El contraste es claro con todo este mundo moderno que ha desarrollado inteligentemente el arte de tomar decisiones como asignatura inevitable de ejecutivos, campo fértil de programación lineal, teoría de juegos, modelos matemáticos y omnipresente computadora. Son procedimientos útiles e instrumentos importantes. Los aprovechamos ampliamente. El peligro está en que la tecnología pretenda ocupar el lugar de la espiritualidad, y los datos del ordenador se tomen por discernimiento de espíritus. La eficiencia y la excelencia son siempre de desear... mientras no pretendan desalojar al carisma.

Vivir en estado de elección

Todo cristiano, hombre o mujer, que anda los caminos del Espíritu es una persona que vive en estado de elección. La vida entera se convierte en una continua elección. Eso es la vida. Y el examen de conciencia cada día es el método práctico que ha venido a caracterizar esta espiritualidad ignaciana. Ahora lo podemos entender mejor.

Toda “ética”, si no quiere quedarse en la superficie, debe comenzar por un hacer silencio y preguntarse: *¿Qué siento que es bueno que yo haga? ¿Qué es bueno que cambie en mi vida?* Y escuchar la respuesta, el más auténtico deseo, en la conciencia profunda. Oír esa “pequeña voz interior”, escondida, donde resuena Alguien mayor que nosotros, pero que coincide muy bien con lo mejor de cada uno... Hay quienes lo llaman Verdad, otros Amor, o Armonía, otros Justicia, otros Belleza, otros Dios... Jesús lo llamó el Reino de Dios. El nombre no importa tanto. Interesa la experiencia. Fue la experiencia de Jesús de Nazaret. No transmitió otra cosa durante su breve paso. Un tesoro, una perla...

El conocimiento interno de la persona de Jesús, y su sabiduría última es lo que supo captar y transmitirnos Ignacio de Loyola. A juicio del filósofo J.A. Marina interesarse hoy por conocer quién fue Jesús de Nazaret, un personaje poderoso y estremecedor, (*air Wild*, “un viento agreste”, como le llama el gran Gerald Manley Hopkins), y que muy probablemente dijo: “Quien está cerca de mí se acerca al fuego”, vale más que perder el tiempo, y el gusto, leyendo ciertos ensayitos postmodernos (JAM, 29).

Conclusión

Adela Cortina, intelectual e investigadora en temas de Ética, fue invitada el año pasado a dar unas conferencias en la UCAB. Ella no oculta su identidad cristiana. Tras afirmar en un reciente artículo que el cambio de estructuras y la revolución de las relaciones entre los seres humanos siguen siendo indispensables hoy, nos advierte:

Pero sin conversión profunda del corazón, personal e intransferible, no hay tampoco transformación del mundo que sea durable. Importa ir a la raíz, y la raíz de los cambios, el suelo en que arraigan, es el interior de cada persona. Urge pues, recuperar la vida interior, crear formas de vida con amplio espacio

para la reflexión, la oración, el contacto con el Espíritu, sin el que no hay vida, ímpetu, fuerza vital, autenticidad ni dinamismo” (AC, 29).

Pareciera que nos está recomendando el camino ignaciano que he intentado esbozar. Todavía actual. Y radical también. Porque se atreve a tomar las cosas desde la raíz del hombre y de la mujer. Y desde el mismo Dios. Ese Dios, parafraseando nuestra cita inicial “que viene cuando todos se van, que se enciende cuando todo se apaga, que queda cuando todos se marchan” (MLB, 31).

Referencias bibliográficas

Ausjal-Ucab, *Desafíos de América Latina y propuesta educativa*, Caracas, 1996.

Berger, Peter, *Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en época de credulidad*, Herder, Barcelona, 1994.

Berger, Peter, *The Heretical Imperative*, Anchor Books, New York, 1980.

Brey, María Luisa, “El Dios de Gloria Fuertes. Memoria de un encuentro”, en *Vida nueva*, 13 marzo de 1999.

Cortina, Adela, “Un corazón de carne”, en *Vida nueva*, 26 junio de 1999.

Domínguez Morano, Carlos, *Creer después de Freud*, Edic. Paulinas, 1992.

Eliot, T.S., “Collected Poems”, 1909-1962, *Choruses from The Rock*, p. 161, Faber & Faber, London, 1963.

González Vallés, Carlos, *Saber escoger*, Ed. San Pablo, Bogotá, 1997.

Ignacio de Loyola, “Autobiografía”, en *Obras completas*, BAC, 1994.

Kurtz, E. – Ketcham, K., *The Spirituality of Imperfection*, Bantam Books, New York, 1994.

Marina, José Antonio, “Crónicas de la ultramodernidad”, en *ABD*, 10 abril, 1999.

